



Revista Latinoamericana de Población

E-ISSN: 2393-6401

alap.revista@alapop.org

Asociación Latinoamericana de Población

Organismo Internacional

Binstock, Georgina

Georgina Binstock en conversación con Rafael Rofman. Conexiones demográficas. «En la Demografía latinoamericana aceptamos la Economía porque no podemos ignorarla, pero en el fondo no nos preocupa demasiado»

Revista Latinoamericana de Población, vol. 10, núm. 18, enero-junio, 2016, pp. 159-162

Asociación Latinoamericana de Población

Buenos Aires, Organismo Internacional

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=323849388009>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Conexiones demográficas

«En la Demografía latinoamericana aceptamos la Economía porque no podemos ignorarla, pero en el fondo no nos preocupa demasiado»

Rafael Rofman es un economista argentino, doctorado en Demografía por la Universidad de California en Berkeley. Desde esta doble formación se ha especializado en la investigación de temas demoeconómicos, no solo desde el ámbito académico, sino de cara a la formulación de políticas públicas, sobre todo de protección social. En conversación con la demógrafa argentina Georgina Binstock, especialista en familia, juventud y salud reproductiva, comenta los principales desafíos que enfrentan las economías de América Latina y sus matrices de protección social ante el cambio demográfico y señala algunos déficit en la agenda de investigación de la disciplina.

Contame cuál es tu posición actual y cómo llegaste a la Demografía

Mi título es Líder de Programa para los temas de salud, educación, protección social, pobreza, género, todos los temas sociales del Banco Mundial (BM) para Argentina, Uruguay y Paraguay. Yo había terminado la Licenciatura en Economía, allá lejos y hace tiempo, y tenía claro que no me gustaba la lógica de la economía de finanzas ni la microeconomía, me parecía muy aburrida. Quería hacer cosas de mediano y largo plazo, y me surgió la posibilidad de ser asistente de Susana Torrado en un estudio, haciéndole los números para la investigación que hizo ella sobre clases sociales. Yo me dedicaba a agarrar los viejos cuadros de los censos de población, cargarlos todos en mi Sinclair y mi Atari para poder procesarlos. Y me parecía muy divertido. Susana me comentó que había aparecido la Maestría en Demografía de Luján. Me metí a hacerla y me gustó. Luego me pasó algo más incontrolado todavía, como suele pasar en la vida, y es que me presenté en Berkeley para hacer un Doctorado en Economía, entregué todos los papeles y un día me dicen «Esto es mejor para Demografía y además en Demografía tienen mucha plata y te aseguran una beca». Dije: «Bueno, vamos a Demografía». Y aquí estamos.

Una de tus áreas de especialización es la protección social.

¿Cómo caracterizarías la situación en América Latina en este tema hoy en día?

Está pasando algo distinto que estamos tratando de entender. La protección social en América Latina en los últimos cien años ha sido jubilaciones, pensiones y algún programita más, habitualmente mal financiado y mal manejado. Sistemas muy grandes que se llevaban todo el dinero en jubilaciones contributivas tradicionales y después programas que lindaban con la beneficencia de las damas del socorro y ese tipo de cosas. En algunos casos mejor implementados, pero siempre muy chiquitos y débiles institucionalmente. Y a partir de mediados de los noventa y principios de este siglo empezó a pensarse en programas de protección social más efectivos para quienes están fuera del mercado de empleo formal. Ahí aparecieron las transferencias condicionadas o los programas de empleo en muchos

países. Se desarrollaron, crecieron mucho: ya hay segunda o tercera generación de esos programas con muchos debates acerca de cómo funcionan. Uno ve que hubo una expansión muy grande de estos programas no contributivos, con dos líneas: una que responde más fuertemente a los países del Pacífico, con ciertas visiones políticas de sus gobiernos, que intentan armar programas pequeños y muy focalizados en los grupos más extremadamente pobres y otra de países como Argentina, Uruguay, Brasil, México, que tratan de hacer esquemas más bien universales. Por querer hacerlos más amplios, estos programas son más caros y mucho más basados en transferencias de plata y no en servicios. Su expansión se dio en un contexto macroeconómico muy bueno, con mucho crecimiento de la economía y mejora del mercado de trabajo, con mucho espacio fiscal. Y hoy ese ciclo es mucho más débil de lo que era, así que los espacios se están achicando. Entonces, lo que viene no es más expansión, sino el debate de cómo hacemos para que funcionen mejor. Si bien no hay muchos que digan «Hay que achicarlos», sí es muy claro que no hay espacio para decir «La solución es duplicar el tamaño del programa».

¿Y cómo entran los cambios demográficos? ¿Se han contemplado en estos debates?

Muy poco. Suele haber discusiones muy de coyuntura. He venido trabajando en el envejecimiento e insistiendo mucho con esto (con poco efecto por ahora, pero seguiré insistiendo), y cuando uno habla de protección social y bienestar la discusión es siempre mercado de trabajo, porque la solución estructural es que haya un mercado de trabajo que genere empleos de calidad. Y cuando ves las discusiones de mercado de trabajo hay tres niveles: discusiones de muy corto plazo (la desocupación, la falta de oportunidades), donde los programas intentan dar a las familias lo que el mercado de trabajo no les da y generarles condiciones para que puedan acceder en mejores condiciones; de ahí los programas de empleo, de emprendimiento, de cooperativas. Una segunda discusión que aparece de vez en cuando es la contraria, la del envejecimiento de la población: no tener suficiente gente en edad de trabajar y cómo sostener la economía en ese contexto. Y una tercera discusión que se está poniendo muy de moda, que es mucho más sexy y divertida, y que es el tema del futuro del empleo, la revolución tecnológica, los robots. Es parecida a la primera: no tener suficientes puestos de trabajo porque los robots van a hacer todo. Entonces, hay tres discusiones al mismo tiempo. La que dice «Falta demanda de trabajo», la segunda, que dice «Sobra demanda de trabajo» y la tercera, que vuelve a decir «Falta demanda de trabajo». En general no hay mucha conexión entre esas discusiones, en parte porque refieren a períodos distintos y poblaciones distintas. Se trata de ver cómo hacer para mejorar la vida de la gente que hoy vive mal y no sé si eso tiene mucho que ver con la dinámica demográfica. Eso se discute después, no tiende a juntarse demasiado. Hay algunos puntos de contacto, como el debate del capital humano, la inversión en la niñez temprana, ese tipo de cosas, pero son relativamente marginales.

¿Cómo entran los sistemas de cuidados en la protección social?

Los sistemas de cuidados entran por dos lados distintos a la protección social. Por un lado, hay preocupación por el cuidado de los adultos mayores para los que se buscan modelos de cuidado cada vez más eficientes y de mejor calidad, porque si vamos a la institucionalización masiva y queremos que brinde cuidados de calidad, es carísimo. Entonces, aparecen modelos de formación de recursos humanos en el hogar. Por otro lado, hay un segundo tema: el cuidado de los niños. Ahí también se mezclan varias discusiones. Una sobre la necesidad de que los niños no solo sean cuidados, sino educados, porque la

productividad de un adulto en su vida activa está determinada muy fuertemente por qué le pasó en los primeros años de vida. Si solo los cuidás, en términos económicos duros, estás perdiendo mucho capital humano para el futuro. Y la otra discusión que se mete ahí es que si no tenés sistemas de cuidados, alguien tiene que cuidar a los niños de todas maneras y en nuestras sociedades eso quiere decir las mujeres. Entonces, se está obligando a una parte de la población a hacer algo sí o sí, que no necesariamente es lo que quiere en la vida, pero además desperdiando mucho capital humano en cosas que se podrían hacer de otra manera. Hoy en casi todos los países de América Latina las mujeres terminan el secundario más que los varones, para después retirarse del mercado de trabajo o ni siquiera entrar, porque tienen hijos. No estoy diciendo que haya que encontrar mecanismos para obligar a las mujeres a trabajar, pero todo indica que estamos impidiéndoles que trabajen. Hay que generar condiciones para que las mujeres puedan encontrar el desarrollo profesional y formar familias. Eso tiene que ver con una cuestión de derechos básicos de la mujer, pero además —vuelvo a la demografía—: si la población en edad de trabajar está disminuyendo y eso preocupa, no se puede estar desperdiando capital humano.

Agregaría otro elemento: la mayor inestabilidad familiar, que hace que la mujer por períodos más largos esté sin pareja y deba resolver cuestiones domésticas sola.

Sí, es complicado desde el punto de vista de cómo la mujer resuelve su vida y tiene mejores condiciones de vida. Ahora, eso me parece que es menos importante que lo que pasa en el mercado de trabajo, porque con mayor estabilidad familiar tampoco hubo más posibilidades para la mujer en el mercado de trabajo, ¡también estaba afuera! Sí puede ser un problema de calidad de vida, por supuesto.

Es cierto, pero hoy la mujer está muchísimo más incentivada a trabajar y en ese contexto no es igual de fácil compatibilizar trabajo y el cuidado de los hijos (incluso poder pagar en el mercado el cuidado de los hijos) estando o no en pareja...

Claro, porque no hay mecanismos de cuidado que le permitan hacerlo en forma efectiva, entonces las cosas salen mal en los dos lados: a los chicos no se le está dando el cuidado y la estimulación que requieren para que sean niños felices y trabajadores productivos dentro de treinta años y la mujer la está pasando mal porque tiene que hacer más de lo que debería para sobrevivir. Pero, además, no puede desarrollar una carrera laboral de calidad, lo cual es malo para ella pero también para la sociedad, porque no aporta lo que podría aportar en términos de productividad.

Sí, y una legislación que no acompaña, como tampoco el mundo del trabajo...

Yo no creo que sea un tema legislativo, aunque hay en muchos casos discriminación o maltrato. El problema no es que haya empresas malas o jefes malos. El problema es que no hay un sistema, no hay una estrategia. Con estrategia también habría empresas malas o jefes malos a los que habría que controlar o sancionar. Pero ahora, más allá de eso, lo que no tenés es un buen sistema. El gobierno argentino está hablando ahora de universalizar la educación a los tres años. Está muy bien. Pero a los tres años los chicos van tres horas a la escuela; eso no le soluciona el problema a la mujer que quiere hacer una carrera profesional. Y al mismo tiempo se le prohíbe a las empresas que discriminan a la mujer, pero se está generando una situación en la cual se le está haciendo pagar el costo a alguien: a la mujer, a la empresa... Y el problema es que no hay un mecanismo que defina que esto es una prioridad para la sociedad, más que a quién se le asigna la culpa o el costo de pagarla.

Sos una persona a la que le gusta mirar el largo plazo.

¿Cuáles son los temas a los que no se da importancia en la región y que la Demografía debería incorporar a la agenda de investigación?

Yo creo, reconociendo mi fuerte sesgo personal, que la Demografía en América Latina tiene poco de Economía. Poco de Economía de la población. Tiene una línea muy cuantitativa: proyecciones, tablas de mortalidad... los números. Es decir, metodología, pero no mucho más que eso. Y otra línea muy sociológico-antropológica, que es relevante. Pero vos ves las reuniones de Demografía de las distintas asociaciones, las publicaciones, las clases de los posgrados, y es poco lo que se dedica a discutir el mercado de trabajo. Creo que es central, porque es el futuro y si eso no funciona tenemos un problema serio. A quienes discutimos estas cosas nos ha costado salir de la discusión muy macro. Entonces, somos malthusianos o antimalthusianos, pero no pasamos mucho más de ahí en la discusión. ¿Cómo será el mercado de trabajo de acá a treinta años? ¿A cuántos demógrafos conocés que estén pensando en cuál será la edad promedio de los trabajadores? La gente que está en la fuerza de trabajo va a ser más vieja ¿Eso es importante? ¿No es importante? En esos temas hay muy poca discusión. Especialmente cuando comparás: agarrás el programa de un congreso y hay trabajos sobre la formación de las familias en el siglo XIX. Esas cosas son útiles, no les quito relevancia, pero hay un desbalance. Me parece que el origen de eso tiene que ver con los dos orígenes de la Demografía en América Latina: los estadísticos y los sociólogos. Entonces quedó esto, mientras que en otros lugares del mundo hay mucha más Economía. Acá la Economía siempre es marginal. La aceptamos porque no podemos ignorarla, pero en el fondo no nos preocupa demasiado. Y ahí hay una debilidad importante sobre la que trabajar.

162

Año 10
Número 18

Primer
semestre

Enero
a junio
de 2016